



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 27. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Julio 1875. | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXV.

SUMARIO.

Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes para señora y niños.—Vestido para señorita joven.—Traje para señora.—Vestido para niña.—Traje para niño.—Vestido con túnica y esclavina para señora.—Vestido de viaje.—Traje para niña de 8 á 12 años.—Traje con túnica-mantelo para señora.—Vestido con túnica bullonada.—Traje de viaje.—Vestido escotado para niña.—Traje para casino.—Fichú-eharpe para niña.—Sombrero Hortensia.—Sombrero Margarita.—Abanicos de novedad.—LITERA TUR: El mes de

Mayo, por Esperanza.—A S. M. el Rey D. Alfonso XII. poesía, por Blanca de Gassó y Ortiz.—Anhelos inmortales, poesía, por Aurora Lista de Milbart.—A María, por Pedro Fernandez Soto.—Himno del poeta polaco Adam Mickiewicz, por María de las Nieves Janer.—De Madrid á Lisboa, por Nicolás Díaz y Pérez.—Espigas y amapolas, por Angela Grassi.—¡Yo te amo! por Vicente Cuenca.—Correspondencia.—Charadas.—Secretos útiles.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

La Moda ha dictado para esta época del año los últimos decretos, y ya las novedades consisten en las combinaciones más ó menos felices, y cuando lo son, adquieren derecho de residencia en el campo del buen gusto, y cuando no lo son, viven como las rosas, ¡el espacio de una mañana! Estas combinaciones hijas del capricho, tienen su principal aplicación en las expediciones campestres, y si á relataros fuera todas las escurriduras lucidas en las últimas carreras de caballos en París, tendríamos vosotras y yo largo y gustoso entretenimiento, pero os aficionaría á caprichos que son verdaderos disfraces, y en los que no me fijaré ni aun ligeramente por temor al contagio. Os hablaré sin embargo de caprichos que pueden lucirse sin dificultad, sin escitar la crítica, que son los que os recomendaré siempre mi pluma. En primer lugar, los tejidos transparentes sobre los mismos vestidos de seda que ya teneis ó que podeis haceros en la seguridad de utilizarlos largo tiempo: la sedería lisa reina siempre en primer término, y un traje azul celadon ó verde agua, se presta á los distintos caprichos que voy á señalaros. Sobre el traje liso podeis colocar un mantelo cuadrado, que ya tiene más novedad que el redondo, y bastante ancho, para unir por detras con presillas ó lazos, ó sencillamente deteniéndose á los costados: este delantal puede ser bordado á la inglesa en batista, hilo ó seda cruda, según la mayor ó menor riqueza que se quiera dar al traje; la coraza igual, y ámbas prendas con ricos flecos ó plegados alrededor: mangas, las del vestido. Puede elegirse otra combinación en granadina lisa ó calada color crudo ó pajizo con el mismo traje azul; y finalmente, como combinación de más carácter ó algo más atrevida, puede buscarse tela á cuadros en seda, foulard ó granadina del mismo azul con color crudo ó con rosa muy bajo. En este caso yo os aconsejaría la parte del centro de la falda azul, bullonada en sentido perpendicular, dos grandes nesgas ó quillas á los lados plegadas atravesadas de la tela de cuadros, que vayan hasta la gran tabla lisa de atras, y dos mantelos cruzados uno sobre otro, y ámbos cortados en punta, el primero



1. Vestido para joven.

2. Traje para señora.

1 á 4. TRAJES PARA SEÑORA Y NIÑOS.

3. Vestido para señora. (Patron: pliego por el revés, núm. XI, figs. 44 á 48.)

4. Traje para niño.

escocés, el segundo liso: coraza escocesa, mangas lisas bullonadas. Este sería un traje de última novedad, pero algo atrevido, y por eso me parece preferible para reforma de un traje antiguo, ó en dos telas sencillas, como bengalina y madrás, ó parisien y bengalina si ha de ser nuevo.

Las mangas decididamente han de ser ó figurar una parte independiente del cuerpo del vestido, y solo serán admisibles como él en los trajes de rigurosa etiqueta,

de cuadros muy ancho y cortado con frunces de trecho en trecho, túnica de cuadros con biés liso alrededor, paletot-chaqueta con dos carreras de botones hecha en tela de cuadros con biés, mangas y solapas lisas: vueltas de manga escocesas.

Los bordados á la inglesa siguen haciendo furor, y en vestidos de niños y en ropa de señora siguen usándose con preferencia á todo adorno: los vestidos de niños cubiertos de bordado y colocados sobre un vivo azul ó rosa,

si no, corresponderán siempre á la primera falda y sus hechuras son variadísimas, dando las modistas á la manga actual una importancia como no se ha conocido nunca. Unas llevan un bullon de otro color en toda la costura exterior y á la bocamanga una doble vuelta, una para cada lado, y sujetas del centro con un lazo: todo este adorno se hace de la otra tela contraria á la manga. Otras llevan á frunce muy menudo y haciendo caprichosos dibujos, toda la hoja superior de la manga, y otras, finalmente, para vestidos de pocas pretensiones, se adornan con vueltas ó plegados á la mano. Algunas en las túnicas de granadina se permiten solo hasta el codo y con guarniciones desde él, pero son las menos; el gusto actual quiere la manga larga, larga hasta la misma mano, y el vestido de muselina que os ofrece este mismo número en la última plana obedece á esta moda, y si las mangas son de guarniciones, estas bajan hasta la mano; ese vestido para conciertos y reuniones en baños merece llamar vuestra atención, y no puedo menos de recomendarosle porque reúne la sencillez, la elegancia y la riqueza.

De vestidos de viaje y campo podría añadir mucho á lo expuesto en mi última revista, pero el grabado segundo del número presente me lo impide. ¿Qué podría deciros, si él os muestra cinco modelos que cautivan por la propiedad para el caso á que se destinan? Así deben ser los atavíos de viaje, sencillos, modestos, en telas oscuras y con preferencia en lanas, que son las que menos se arrugan ni manchan. El otro día he podido admirar uno destinado á una señora muy conocida, que era en lana marron lisa y de cuadros: la falda, lisa, llevaba alrededor un volante

es cuanto se ha podido inventar de rico y elegante, y los de piqué con guarniciones bordadas hacen para señora y niña vestidos muy lindos. Las hechuras casi las mismas, únicamente varían del cuerpo, porque en los trajes de las niñas los cuerpos deben ser escotados en cuadro y de manga corta, que completa una camiseta alta y de manga larga, y en cambio los vestidos de señora son indispensables altos por este año: en vano el calor se dejará sentir; la forma de coraza actual no permite más que el escote en corazón ó en cuadro por delante, y sea más ó menos ligera la tela, se llevará decididamente el cuerpo alto. Una hechura marcadamente de invierno se ha señalado en las carreras de París antes citadas, y que me permito indicaros solo como novedad, que podéis aplazar hasta el Otoño. Consiste en coraza y falda redonda de tela de seda fuerte color de venturina, brochada con ramos azul claro, y esta falda muy drapeada y recogida hacia el lado izquierdo sobre otra falda de cola azul claro, como las mangas, completando el traje una limosnera azul que bajaba á sujetar el recogido de la falda. Es una hechura magestuosa que parece recordar los severos atavíos de la Edad Media. Como contraste á este vestido, citaré otro delicioso, bautizado con el nombre de Margarita, de *barje* blanco, de forma princesa por delante y cuerpo de larga aldeta por detrás, bajo la cual van á reunirse los costados drapeados del delantal princesa, y por detrás volantes y plegados alternando para formar la cola: limosnera de seda rosa. El sombrero que acompañaba á este delicioso traje era una verdadera corona de hojas de yedra y rosas de musgo.

Los colores propios de la estación son el blanco, el crema, el azul de Francia y el Hortensia: como telas, la sedería rica, los linós, granadinas, clunys bordados y lanas en madras y bengalinas; como dibujos, el liso y el escocés, que se sostendrá todavía largo tiempo, aunque no sea admisible para vestido de alguna etiqueta; y como adornos, los plegados, los bieses y los bordados á la inglesa en blanco ó en color. Los sombreros de campo y jardín anchos, avanzando á la frente y cubiertos de guirnalda de flores; los de la ciudad con el ala vuelta, adornado por delante de lazadas y flores, y algunos hasta con bridas de seda ó de tul, sobre todo para personas de respeto.

Como joyería de la estación, el cristal ópalo combinado con la turquesa y el acero, y los esmaltes imitando flores ó insectos. Como abanicos, los grandes y sujetos del tallo con una cadena como el *en tous cas*, y cuyo modelo ofrece este mismo número; como peinados para el sombrero, las trenzas en lazada ó los tirabuzones, que son indispensables para teatro y reunion.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 4. TRAJES PARA SEÑORA Y NIÑOS.

1. *Vestido para jovencita.*—Vestido de percal á cuadros azules y gris con ancho volante al biés al canto de la falda, adornado de dos bieses y otro á la pegadura de piqué blanco de 5 cents. de ancho: biés semejante guarnece la túnica cerrada con botones por delante, y de piqué blanco son la vuelta de manga y cinturón.

2. *Traje para señora.*—Hácese en alpaca gris con volante á tablas en la falda, orillado á los bordes con tafetan lila, y de la misma tela son los bieses que orillan la chaqueta y forman el escote en corazón: prendido de encaje negro con cintas lila.

3. *Vestido para niña.*—(Patron y dibujo: en el pliego de patrones por el revés, núm. XI, figs. 44 á 48).

El vestido es de piqué blanco con volantes en la falda plegados, de 11 cents. de ancho, el primero todo alrededor de la falda y los otros dos solo por delante, terminando al costado bajo una pata ó caída del mismo piqué bordada de soutache. Chaqueta abierta sobre un chaleco escotado y guarnecida de tira bordada en nanzouk á la inglesa y cabeza de piqué bordada con soutache: manga corta bordada.

4. *Traje para niño.*—Pantalon y blusa de cretona rayada azul y blanca, la blusa sujeta con botones al pantalon y guarnecidas ambas prendas de un biés de cretona azul respanteado de blanco: cuello marinero y cinturón de percal azul, sombrero marinero de paja.

5 Á 11. TRAJES PARA VIAJE.

5. *Vestido con túnica y chaqueta-esclavina.*—(Patron: en el pliego de patrones por el derecho, núm. I, figuras 1 á 8).

El adorno, elegante aunque sencillo de la falda, se repite en la esclavina, que es asimismo plegada por delante: el volante de la falda tiene 43 cents. de ancho y lleva un ancho doblez á espunte y otro más pequeño á la cabeza. Los grupos de pliegues van separados por espacios lisos de 17 cents., y se componen de 10 pliegues su-

jetos solo hasta el jareton. La túnica lleva por adorno solo otro jareton y grandes bolsillos cuadrados por delante figurando sujetarse con botones iguales á los que parecen cerrar la túnica por detrás. La chaqueta-esclavina lleva otro jareton semejante, y sus detalles para la confeccion están muy claros en el pliego de patrones. Sombrero de paja marron de ala vuelta con cinta azul de dos tonos y velo de gasa azul.

6. *Vestido con túnica y esclavina.*—Es de lana belga gris, la falda con un volante fruncido de 30 cents. y dos más pequeños pegados á tablas y con jareton. Túnica con ancho biés por delante, de seda, y pequeña cabeza de lo mismo y esclavina con jareton alrededor: cinturón con aldeta ciñe la túnica. Sombrero de paja negra con corona interior de flores silvestres.

7. *Vestido para niña.*—Este vestido es de una combinación de dos percales: la falda, de percal liso, lleva biés de percal á cuadros y encima un plegado de percal liso. Túnica de percal liso con biés á cuadros y lazos de esto mismo. Pequeño fichú de muselina cerrado con otro lazo en el pecho; sombrero de paja blanca con flores silvestres y zapato bajo.

8. *Vestido con mantelo.*—(Patron de la túnica: en el pliego por el revés, núm. XIV, fig. 56).

Vestido de tela parisien marion, con tres volantes la falda por detrás y uno y bullones por delante. Mantelo con biés de seda y encaje de lana al canto, y chaqueta abierta por delante y por detrás sobre chaleco de seda: cuello y vueltas de manga de seda. Sombrero negro con pluma y velo de gasa marron.

9. *Vestido con túnica bullonada por delante.*—(Patron: en el pliego por el revés, núm. XIV).

Es de siciliana gris claro; la falda con volante fruncido de 21 cents., sobre el cual va un plegado de 8 y un bullonado de doble cabeza y 11 cents. de ancho. La túnica lleva un plegado todo alrededor y por delante un doble bullon de 15 y 25 cents. por arriba y por abajo respectivamente, sujeto á los lados con una pata de la misma tela ribeteada de seda y adornada en todo su largo de ojales figurados y botones de metal. El cuello solapa de seda, termina en un lazo y otro adorna la manga. Gola de muselina y sombrero de paja de Florencia con lazo negro y un ramo de espigas y amapolas.

10. *Vestido con túnica y chaqueta holgada.*—(Patron: por el revés, núm. VII, figs. 28 á 35).

Este modelo presenta un traje de percal rayado adornado de bieses lisos, de percal tambien, en el color de la raya, lo que permite poderle lavar y planchar fácilmente. La falda lleva un volante al biés, con biés liso á la pegadura, orillado de otros dos rayados, y el mismo adorno se repite alrededor del mantelo: chaqueta entallada por detrás, ancha por delante, con biés alrededor, y correspondiendo á él las carteras de manga y bolsillos, cuello y solapas. Sombrero de castor negro con vivos de seda y velo de gasa cruzado por delante.

11. *Vestido con cuerpo escotado para niña.*—Es de lana belga azul claro, adornada la falda de dos volantes plegados de 9 cents. de ancho y cosidos, dejando cabeza, con un pequeño biés de seda más subida de color. Otro plegadito más estrecho guarnece el escote y manga corta: cinturón de seda del color del adorno. Sombrero de paja blanca con cintas azules.

12 Y 13. SOMBREROS.

El primero va adornado de cinta y flores; es de paja blanca y va forrada el ala de seda azul á plegado contrariado de las dos orillas: una diadema de cinta y un grupo de cinta y flores silvestres á un lado de la copa le completan.

El segundo es de crin negra y gris, con ala vuelta todo alrededor y adornado de bieses de faya, con retorcido de cinta y un grupo formado por lazadas y plumas en la parte exterior. Diadema de cinta y una rosa por la parte interior.

14. VESTIDO DE MUSELINA.

La falda de este elegante traje que puede llevarse sobre otra de seda de color, va adornada de volantes bordados y plegados de muselina lisa: la túnica, graciosamente recogida, lleva al canto volante bordado y el cuerpo-blusa figura escote cuadrado con guarniciones y entredoses bordados: la manga reproduce el adorno de la falda. Cinturón echarpe rosa y rosas en la cabeza y pecho. Cadena de plata con mosqueton para suspender el abanico. Este traje es muy propio para teatro y casino.

15 Y 16. ABANICO CON CADENA.

El núm. 15 muestra un lindo abanico abierto, de varillas graduadas en tamaño, lo que le dá un aspecto original lo mismo abierto que cerrado (véase el núm. 16); el país, de raso negro, lleva pintado á mano un ramo de flores y el pié es dorado. Cadena dorada con mosqueton,

bastante larga, para poder usar el abanico sin desprenderlo de la cintura, lo que quita todo temor de perderle.

17 Y 18. FICHÚ-ECHARPE PARA NIÑA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. X, figs. 42 y 43).

Estos dibujos reproducen el delantero y espalda de un pequeño fichú de cachemir negro forrado de seda y adornado de bieses de faya: además va bordado de soutache de lana y le completan lazos de faya y puntilla alrededor. Para el bordado encontrarán dibujos nuestras lectoras en los pliegos de patrones y dibujos, uniéndose el delantero y espalda por una costura en el hombro, y se ajusta á la cintura por un cinturón cosido por dentro. Es un abrigo sencillo y gracioso para niñas. Sombrero de paja con cinta de faya y ramo de flores silvestres.

JOAQUINA BALMASEDA.



EL MES DE MAYO.

Á LA VIRGEN.

«Yo soy la madre del amor
hermoso, y del temor,
y de la verdadera sabiduría
y de la Santa Esperanza.»
OF. P.

Salve, estrella de la mañana.
Salve, nazarena de dulces ojos.
Salve, doncella purísima de Sion.
Salve, consoladora de afligidos.

Salve, Virgen madre, porque Salve te cantan en esta bendito mes los cielos y la tierra, el hombre y el bruto.
Salve, claman y clamarán las generaciones todas para gloria tuya.

El sol con sus rayos y la luna con su esplendorosa luz, el manso arroyuelo y las ondas del embravecido mar, el ronco estallido del trueno y el blando murmurio del viento, el dulce trino del ruiseñor y el rugido de la fiera en el bosque, el orgulloso cedro que se enseñorea en el Líbano y la humilde flor que nace en el escondido valle, el niño que apenas balbucea un nombre y el anciano que marcha al sepulcro, la tierna doncella y el soldado cubierto de pólvora y sangre, todos, todos á una voz te llaman bendita entre todas las mujeres, todos te dicen:

Salve María, porque eres la madre de la Santa Esperanza, de la verdadera sabiduría y del temor y del amor hermoso.

Por eso yo, Madre mia, quiero unir mi voz á la de ese himno universal que en este mes predilecto tuyo te cantan el hombre y la naturaleza toda, y te ofrece tambien mi humilde flor, incolora, sin perfume, pero que es hija de mi corazón, nacida en el fondo de mi alma, alimentada por la gratitud, por el inmenso amor que por tí siento, madre mia!

¡María! ¡magnífico y grande es su nombre!

María significa en sirio, Señora, Soberana, porque ella lo es de cielos y tierra; á su nombre alégrase el Paraíso y tiembla de rabia el infierno, porque en cien y cien combates fueron arrolladas las huestes enemigas al invocar su bendito nombre, y triunfantes quedaron los católicos pendones de nuestra entonces tan católica España.

¡Magnífico y grande es su nombre, como que es madre del temor y terrible como un ejército de escuadrones ordenado!

¡María! dulce tambien es su nombre como el susurro del viento en la callada noche.

Dulce y suave, porque María significa en hebreo: Estrella del mar, y por eso se dice de ella que es un Océano de todas las perfecciones y gracias celestiales.

Porque María es la buena estrella de todos los que la imploran, y por cada uno de sus rayos envía á la tierra raudales de misericordia.

María es estrella que con su dulce claridad alumbra el tempestuoso mar de la vida.

¡Dulce es su nombre como gemido de moribundo cisne!

¡Dulcísimo como el eco de célicas armonías.

¡Quién no la ama! ¡quién no adora á la que fué adorada antes de nacer, á la Virgen madre prometida y deseada desde la cuna de los siglos, y que se llama la bienaventurada de todas las generaciones!

Su culto ha sido de todos los tiempos, de todas las edades y aun de todas las religiones.

En la China y el Japon, en el Africa y en los confines del Asia, se conservó siempre más ó menos desfigurada, pero siempre, ya sea convertida en esperanza, ya trasformada en recuerdo, la tradicion de una madre Virgen mediadora entre Dios y el hombre.

Los druidas allá en el fondo de los escondidos bosques de las Galias y de sus profundas selvas, levantaron agrestes y toscos altares á la que habia de nacer llena de gracia.

En la ciudad de los Césares se levanta de su tumba una mujer, la Sibiba de Cumas, y pronostica cercana la hora en que se derrumbarian, quebrándose en mil pedazos, los dioses de la idolatría pagana ante una débil doncella y un niño inocente.

Elias desde el fondo del Carmelo la presiente y la ve fecundando la tierra con el rocío de sus gracias, y los profetas de la antigua ley la vislumbren como la estrella precursora del sol que debia disipar las densas tinieblas en que yacía el mundo.

El rey Poeta en sus inspirados cantos precisa más su radiante figura, y Salomon con la sublimidad de su elegante pluma la describe levantándose, como la aurora, al amanecer, bella como la luna y elegida como el sol.

Raquel y Sara, Judit y Estér, Abigail y Susana, Ara y la valerosa madre que exhorta á sus hijos á que mueran por la ley santa del Señor, apenas fueron la débil y pálida figura de la que en sí debia reunir toda la hermosura y perfeccion de la mujer y del ángel, todas las virtudes de la Virgen y de la madre.

¿Quién, pues, no la ama? ¿Quién no ha depositado en este mes una flor en las aras de sus altares? ¿Cómo no ofrecerle en este bendito mes las primicias del alma, como se le ofrecen las primicias de la naturaleza y de la primavera? ¿Cómo no tributarle un constante homenaje de amor, si ella es la madre del amor hermoso?

Si los idólatras y paganos coronaban de rosas las frentes de los dioses que simbolizaban y halagaban sus vicios y pasiones, necesario es que los hijos de María coronen de rosas á la que simboliza todas las más sublimes virtudes y el más perfecto y puro amor.

En este mes celebraban las antiguas romanas la fiesta de la buena diosa, la de los Lares ó dioses protectores de las familias, la de Flora y otras muchas diosas de la Roma pagana.

Más tarde, cuando el árbol plantado en la cima del Gólgota dió sus frutos de bendición y la tierra maldita fué fecundada con la sangre de un Dios hombre y las lágrimas de una Virgen purísima, la Roma cristiana levanta en este mes altares en honor de la Virgen, y las flores con que en un tiempo coronaron las sienes de sus ídolos, alfombraron los pies de María.

Del fondo de la Italia brotó también radiante cual la aurora del primer día de Mayo, la devoción de ofrecer los mayos, las flores de este mes, á la que por excelencia es reina de las flores, que ellas también en su misterioso y poético lenguaje, han simbolizado una á una sus encantos y sus virtudes.

María es flor delicadísima que nace entre las espinas de este valle de tristuras y lágrimas para nuestro consuelo.

Escogida como el fruto del manzano.

Aromática como bálsamo de las viñas de Engaddi.

Dulcísima como la granada.

Modesta y humilde como el reseda y la violeta.

Inocente y cándida como la azucena.

Airosa y esbelta como las cimas coronadas de nieves del Ararat y del Carmelo, como la gentil palmera que mece su esbelto penacho en las llanuras de Cian.

Suave y fresca como el lirio de los valles, como plátano que crece junto á las corrientes de las aguas.

Bella como la rosa y el clavel de los Alpes.

Las trenzas de sus cabellos, como manojos de doradas espigas.

Sus ojos, como de tórtola enamorada.

Como botón de rosa su boca y panal de dulcísima miel, como fuente de donde manan todas las gracias.

Perfumado su aliento de nardo y verbena, de alve y cinamomo.

Toda ella es perfecta. Así se puede exclamar con el ruiseñor de Jerusalem:

"¡Toda eres hermosa, amiga mia, y mancilla no hay en tí!"

¡Mayo! El mes de la Virgen y el de las flores; el mes en que la naturaleza toda despliega sus más brillantes galas, las flores sus más delicados perfumes, el sol sus más esplendentes rayos, para saludar á María la Virgen, que tiene su trono sobre las nubes, que está vestida del sol, coronada de estrellas, y bajo sus plantas tiene á la luna.

Es, pues, necesario consagrarte este mes, Madre mia, y llevar flores á porfía á tu altar.

Pero no basta ofrecerte solo un ramillete de colosales flores, nó; es necesario tejer una corona con las flores del alma, que son tus predilectas flores, y ceñirla á tu frente ya coronada de estrellas.

Necesario es que la doncella, la virgen de castos amores, adorne su virginal corona con las flores de la humil-

dad y la modestia del candor y la obediencia, que son las flores de mayor valía, porque ella, la más pura, la más humilde entre todas las doncellas, es también la madre de la juventud, la madre del amor hermoso.

Es necesario que el orgulloso magnate, cuya religion es la pompa, su Dios el dinero; la mujer vana, que solo vive para el lujo y la sensualidad, y esos desgraciados que olvidados de sus más grandes deberes, de lo que deben á su religion, á la sociedad y aun á sí mismos, que debiendo enseñar las virtudes con su buen ejemplo, viven entregados á la satisfacción de sus asquerosas y brutales pasiones, y no hay flor que no quieran marchitar con su impuro aliento, que debiendo ser humildes buscan títulos y honores con que satisfacer su loca soberbia, sin pensar que la vida es corta y pasa como fugitiva sombra, que sale apenas el hombre de la cuna para caer en el sepulcro, necesario es que estos desgraciados hundan sus frentes en el polvo de la humillación, y laven las manchas de sus iniquidades con lágrimas de arrepentimiento, porque ¡ay de ellos! ¡ay de ellos, Madre mia, que tú eres la Madre del santo temor, y no tendrás misericordia para los que diariamente se alimentan con su propia condenación.

Menester es que los impíos del siglo que llaman ilustrado, arrogen á tus plantas las secas y mustias flores de su impía ignorancia, y humillados á tus pies, les enseñes Tú, que eres la Madre de la verdadera sabiduría, que solo en la virtud, en el cumplimiento de los deberes morales y sociales, está la verdadera ilustración.

Menester es también que acudan á tí todos los que sufren, todos los que lloran, todos los desgraciados, porque Tú eres el consuelo de los afligidos, el bálsamo que cicatriza todas las heridas, porque eres la Madre de la Santa Esperanza, y en vano encontrarían consuelo fuera de tí. Bienaventurados los que en tí esperen, que ellos serán felices con felicidad eterna.

Finalmente, Madre mia, yo también te ofrezco la humilde flor de mi alma, como un recuerdo constante de mi amor, como un deber de eterna gratitud.

Yo, como la frágil barquilla combatida por recios vendabales, hubiera naufragado, si Tú, áncora bendita de esperanza y salvación, no me hubieras salvado.

Como el viajero que en noche oscura pierde el buen camino, así caminaba entre tinieblas al borde de un precipicio, y Tú, como el faro luminoso de la esperanza, disipando las tinieblas que me rodeaban, me hicistes encontrar la perdida senda.

Como oveja cercada de hambrientos lobos, así mi alma rodeada de enemigos, y Tú humillaste al soberbio y ensalzaste al humilde.

Porque clamé con mi voz á tí, Señora, y arrancaste de mi corazón el pesar y la tristeza.

¡Bendita seas, Madre mia, que eres grande en todas tus obras!

Por eso yo también en este bendito mes quiero decirte con los cielos y la tierra, con el hombre y el bruto:

Salve, consoladora de afligidos.

Salve, doncella purísima de Sion.

Salve, nazarena de dulces ojos.

Salve, estrella de la mañana, porque Tú eres la Madre del amor hermoso,

Y del temor

Y de la verdadera sabiduría

Y de la santa Esperanza.

Jerez de la Frontera 1.º de Mayo de 1875.

ESPERANZA.

A S. M. EL REY D. ALFONSO XII.

Alfonso: mi humilde lira
eco es hoy del corazón,
y de esta noble nación
que en vos su esperanza mira.

Ayer, cuando aun érais niño,
en infantiles consejos,
mi inspiración sus reflejos
os dedicó con cariño.

Hoy que al trono habeis llegado
por entre flores y palmas,
llevando tras vos las almas
que paz solo han deseado,

Mi voz escuchad también,
que con pura fé y contento
á vos elevo mi acento
por daros el parabien.

Al veros llegar, señor,
á vuestro pueblo querido
como ave ausente á su nido
que le llama con amor,

Cantar quise.... vertió llanto
de ternura el alma mia,
y á la comun alegría
unir no pude mi canto.

Que no hay nada que conmueva
las fibras del corazón
como ver á una nación
que en sí el entusiasmo lleva;

Por un sentimiento unida,
con gozo llegar.... reír....
agitarse.... y bendecir
una esperanza querida.

Señor, está en vuestra mano
ser el iris bendecido
del pueblo en que habeis nacido,
que es misión del Soberano.

Sobre terrenales sienes
mucho pesa real corona,
mas el premio galardona....
Pasad derramando bienes.

Y sean vuestros blasones
para vuestra amada grey,
más que de España ser Rey....
ser Rey de los corazones.

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.

ANHELO INMORTAL.

Ligeras auras que besais mi frente
En esas horas de ilusión feliz
Que abraza el alma inspiración hirviente,
Venid raudas, venid.

Vosotras que sabeis, auras dichosas,
De mis anhelos el ansiado fin,
Llevadme en vuestras alas vagorosas....
Subid, auras, subid.

¡Soberbio panorama! encantadora
La tierra se descubre desde aquí:
Su faz de primavera me enamora....
Pero subid, subid.

Colúmpianme los aires voluptuosos,
Aves canoras su región sutil
Encienden en gorgoros melodiosos....
Pero subid, subid,

Alcázares de fúlgidos vapores
Decorados de púrpura y zafir
Mis sentidos absorben tentadores....
Pero subid, subid.

¡Océano de luz, playa dichosa
Do soles brillan cual arenas mill!
Suspende el alma tu visión hermosa....
Pero subid, subid.

Auras, no os detengáis; si mis anhelos
Queréis que logren el ansiado fin,
Surcad, surcad los cielos de los cielos;
Subid raudas, subid.

AURORA LISTA DE MILBART

A MARIA.

¡Triste estoy, amada mia,
Nadie mis dolores calma
sino tú;

En la noche y por el día
Los rayos busca mi alma
de tu luz!

Ni azul hallo el firmamento,
Ni en las suaves alboradas
brilla el sol;

Ni me produce contento
De las flores esmaltadas
el color;

Mi pecho pide consuelo,
Y son tus palabras flechas
para él;

Busco tu amor con anhelo
Y mi puro amor desechas
con desden!

Y como nadie, María,
Puede ofrecerme la calma,
sino tú;

Por eso de noche y día
Los rayos busca mi alma
de tu luz!

PEDRO FERNÁNDEZ DE SOTO.

es cuanto se ha podido inventar de rico y elegante, y los de piqué con guarniciones bordadas hacen para señora y niña vestidos muy lindos. Las hechuras casi las mismas, únicamente varían del cuerpo, porque en los trajes de las niñas los cuerpos deben ser escotados en cuadro y de manga corta, que completa una camiseta alta y de manga larga, y en cambio los vestidos de señora son indispensables altos por este año: en vano el calor se dejará sentir; la forma de coraza actual no permite más que el escote en corazon ó en cuadro por delante, y sea más ó menos ligera la tela, se llevará decididamente el cuerpo alto. Una hechura marcadamente de invierno se ha señalado en las carreras de París antes citadas, y que me permito indicarlo solo como novedad, que podreis aplazar hasta el Otoño. Consiste en coraza y falda redonda de tela de seda fuerte color de venturina, brochada con ramos azul claro, y esta falda muy drapeada y recogida hacia el lado izquierdo sobre otra falda de cola azul claro, como las mangas, completando el traje una limosnera azul que bajaba á sujetar el recogido de la falda. Es una hechura magestuosa que parece recordar los severos atavíos de la Edad Media. Como contraste á este vestido, citaré otro delicioso, bautizado con el nombre de Margarita, de *bareje* blanco, de forma princesa por delante y cuerpo de larga aldeta por detras, bajo la cual van á reunirse los costados drapeados del delantal princesa, y por detras volantes y plegados alternando para formar la cola: limosnera de seda rosa. El sombrero que acompañaba á este delicioso traje era una verdadera corona de hojas de yedra y rosas de musgo.

Los colores propios de la estacion son el blanco, el crema, el azul de Francia y el Hortensia: como telas, la sedería rica, los linós, granadinas, chunys bordados y lanas en madras y bengalinas; como dibujos, el liso y el escocés, que se sostendrá todavía largo tiempo, aunque no sea admisible para vestido de alguna etiqueta; y como adornos, los plegados, los bieses y los bordados á la inglesa en blanco ó en color. Los sombreros de campo y jardín anchos, avanzando á la frente y cubiertos de guirnalda de flores; los de la ciudad con el ala vuelta, adornado por delante de lazadas y flores, y algunos hasta con bridas de seda ó de tul, sobre todo para personas de respeto.

Como joyería de la estacion, el cristal ópalo combinado con la turquesa y el acero, y los esmaltes imitando flores ó insectos. Como abanicos, los grandes y sujetos del talle con una cadena como el *en tous cas*, y cuyo modelo ofrece este mismo número; como peinados para el sombrero, las trenzas en lazada ó los tirabuzones, que son indispensables para teatro y reunion.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 4. TRAJES PARA SEÑORA Y NIÑOS.

1. *Vestido para jovencita*.—Vestido de percal á cuadros azules y gris con ancho volante al biés al canto de la falda, adornado de dos bieses y otro á la pegadura de piqué blanco de 5 cents. de ancho: biés semejante guarnece la túnica cerrada con botones por delante, y de piqué blanco son la vuelta de manga y cinturón.

2. *Traje para señora*.—Hácese en alpaca gris con volante á tablas en la falda, orillado á los bordes con tafetan lila, y de la misma tela son los bieses que orillan la chaqueta y forman el escote en corazon: prendido de encaje negro con cintas lila.

3. *Vestido para niña*.—(Patron y dibujo: en el pliego de patrones por el revés, núm. XI, figs. 44 á 48).

El vestido es de piqué blanco con volantes en la falda plegados, de 11 cents. de ancho, el primero todo alrededor de la falda y los otros dos solo por delante, terminando al costado bajo una pata ó caída del mismo piqué bordada de soutache. Chaqueta abierta sobre un chaleco escotado y guarnecida de tira bordada en nanzouk á la inglesa y cabeza de piqué bordada con soutache: manga corta bordada.

4. *Traje para niño*.—Pantalon y blusa de cretona rayada azul y blanca, la blusa sujeta con botones al pantalon y guarnecidas ambas prendas de un biés de cretona azul respanteado de blanco: cuello marinero y cinturón de percal azul, sombrero marinero de paja.

5 Á 11. TRAJES PARA VIAJE.

5. *Vestido con túnica y chaqueta-esclavina*.—(Patron: en el pliego de patrones por el derecho, núm. I, figuras 1 á 8).

El adorno, elegante aunque sencillo de la falda, se repite en la esclavina, que es asimismo plegada por delante: el volante de la falda tiene 43 cents. de ancho y lleva un ancho doblez á espunte y otro más pequeño á la cabeza. Los grupos de pliegues van separados por espacios lisos de 17 cents., y se componen de 10 pliegues su-

jetos solo hasta el jareton. La túnica lleva por adorno solo otro jareton y grandes bolsillos cuadrados por delante figurando sujetarse con botones iguales á los que parecen cerrar la túnica por detras. La chaqueta-esclavina lleva otro jareton semejante, y sus detalles para la confeccion están muy claros en el pliego de patrones. Sombrero de paja marron de ala vuelta con cinta azul de dos tonos y velo de gasa azul.

6. *Vestido con túnica y esclavina*.—Es de lana belga gris, la falda con un volante fruncido de 30 cents. y dos más pequeños pegados á tablas y con jareton. Túnica con ancho biés por delante, de seda, y pequeña cabeza de lo mismo y esclavina con jareton alrededor: cinturón con aldeta ciñe la túnica. Sombrero de paja negra con corona interior de flores silvestres.

7. *Vestido para niña*.—Este vestido es de una combinacion de dos percales: la falda, de percal liso, lleva biés de percal á cuadros y encima un plegado de percal liso. Túnica de percal liso con biés á cuadros y lazos de esto mismo. Pequeño fichú de muselina cerrado con otro lazo en el pecho; sombrero de paja blanca con flores silvestres y zapato bajo.

8. *Vestido con mantelo*.—(Patron de la túnica: en el pliego por el revés, núm. XIV, fig. 56).

Vestido de tela parisien marron, con tres volantes la falda por detras y uno y bullones por delante. Mantelo con biés de seda y encaje de lana al canto, y chaqueta abierta por delante y por detras sobre chaleco de seda: cuello y vueltas de manga de seda. Sombrero negro con pluma y velo de gasa marron.

9. *Vestido con túnica bullonada por delante*.—(Patron: en el pliego por el revés, núm. XIV).

Es de siciliana gris claro; la falda con volante fruncido de 21 cents., sobre el cual va un plegado de 8 y un bullonado de doble cabeza y 11 cents. de ancho. La túnica lleva un plegado todo alrededor y por delante: un doble bullon de 15 y 25 cents. por arriba y por abajo respectivamente, sujeto á los lados con una pata de la misma tela ribeteada de seda y adornada en todo su largo de ojales figurados y botones de metal. El cuello solapa de seda, termina en un lazo y otro adorna la manga. Gola de muselina y sombrero de paja de Florencia con lazo negro y un ramo de espigas y amapolas.

10. *Vestido con túnica y chaqueta holgada*.—(Patron: por el revés, núm. VII, figs. 28 á 35).

Este modelo presenta un traje de percal rayado adornado de bieses lisos, de percal tambien, en el color de la raya, lo que permite poderle lavar y planchar fácilmente. La falda lleva un volante al biés, con biés liso á la pegadura, orillado de otros dos rayados, y el mismo adorno se repite alrededor del mantelo: chaqueta entallada por detras, ancha por delante, con biés alrededor, y correspondiendo á él las carteras de manga y bolsillos, cuello y solapas. Sombrero de castor negro con vivos de seda y velo de gasa cruzado por delante.

11. *Vestido con cuerpo escotado para niña*.—Es de lana belga azul claro, adornada la falda de dos volantes plegados de 9 cents. de ancho y cosidos, dejando cabeza, con un pequeño biés de seda más subida de color. Otro plegadito más estracho guarnece el escote y manga corta: cinturón de seda del color del adorno. Sombrero de paja blanca con cintas azules.

12 Y 13. SOMBREROS.

El primero va adornado de cinta y flores; es de paja blanca y va forrada el ala de seda azul á plegado contrariado de las dos orillas: una diadema de cinta y un grupo de cinta y flores silvestres á un lado de la copa le completan.

El segundo es de crin negra y gris, con ala vuelta todo alrededor y adornado de bieses de faya, con retorcido de cinta y un grupo formado por lazadas y plumas en la parte exterior. Diadema de cinta y una rosa por la parte interior.

14. VESTIDO DE MUSELINA.

La falda de este elegante traje que puede llevarse sobre otra de seda de color, va adornada de volantes bordados y plegados de muselina lisa: la túnica, graciosamente recogida, lleva al canto volante bordado y el cuerpo-blusa figura escote cuadrado con guarniciones y entredoses bordados: la manga reproduce el adorno de la falda. Cinturón echarpe rosa y rosas en la cabeza y pecho. Cadena de plata con mosqueton para suspender el abanico. Este traje es muy propio para teatro y casino.

15 Y 16. ABANICO CON CADENA.

El núm. 15 muestra un lindo abanico abierto, de varillas graduadas en tamaño, lo que le dá un aspecto original lo mismo abierto que cerrado (véase el núm. 16); el país, de raso negro, lleva pintado á mano un ramo de flores y el pié es dorado. Cadena dorada con mosqueton,

bastante larga, para poder usar el abanico sin desprenderlo de la cintura, lo que quita todo temor de perderle.

17 Y 18. FICHÚ-ECHARPE PARA NIÑA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. X, figs. 42 y 43).

Estos dibujos reproducen el delantero y espalda de un pequeño fichú de cachemir negro forrado de seda y adornado de bieses de faya: además va bordado de soutache de lana y le completan lazos de faya y puntilla alrededor. Para el bordado encontrarán dibujos nuestras lectoras en los pliegos de patrones y dibujos, uniéndose el delantero y espalda por una costura en el hombro, y se ajusta á la cintura por un cinturón cosido por dentro. Es un abrigo sencillo y gracioso para niñas. Sombrero de paja con cinta de faya y ramo de flores silvestres.

JOAQUINA BALMASEDA.



EL MES DE MAYO.

Á LA VIRGEN.

«Yo soy la madre del amor
hermoso, y del temor,
y de la verdadera sabiduría
y de la Santa Esperanza.»
Or. P.

Salve, estrella de la mañana.

Salve, nazarena de dulces ojos.

Salve, doncella purísima de Sion.

Salve, consoladora de afligidos.

Salve, Virgen madre, porque Salve te cantan en este bendito mes los cielos y la tierra, el hombre y el bruto. Salve, claman y clamarán las generaciones todas para gloria tuya.

El sol con sus rayos y la luna con su esplendorosa luz, el manso arroyuelo y las ondas del embravecido mar, el ronco estallido del trueno y el blando murmurio del viento, el dulce trino del ruiseñor y el rugido de la fiera en el bosque, el orgulloso cedro que se enseñoera en el Líbano y la humilde flor que nace en el escondido valle, el niño que apenas balbucia un nombre y el anciano que marcha al sepulcro, la tierna doncella y el soldado cubierto de pólvora y sangre, todos, todos á una voz te llaman bendita entre todas las mujeres, todos te dicen:

Salve María, porque eres la madre de la Santa Esperanza, de la verdadera sabiduría y del temor y del amor hermoso.

Por eso yo, Madre mia, quiero unir mi voz á la de ese himno universal que en este mes predilecto tuyo te cantan el hombre y la naturaleza toda, y te ofrezco tambien mi humilde flor, incolora, sin perfume, pero que es hija de mi corazon, nacida en el fondo de mi alma, alimentada por la gratitud, por el inmenso amor que por tí siento, madre mia!

¡María! ¡magnífico y grande es su nombre!

María significa en sirio, Señora, Soberana, porque ella lo es de cielos y tierra; á su nombre alégrase el Paraíso y tiembla de rabia el infierno, porque en cien y cien combates fueron arrolladas las huestes enemigas al invocar su bendito nombre, y triunfantes quedaron los católicos pendones de nuestra entonces tan católica España.

¡Magnífico y grande es su nombre, como que es madre del temor y terrible como un ejército de escuadrones ordenado!

¡María! dulce tambien es su nombre como el susurro del viento en la callada noche.

Dulce y suave, porque María significa en hebreo: Estrella del mar, y por eso se dice de ella que es un Océano de todas las perfecciones y gracias celestiales.

Porque María es la buena estrella de todos los que la imploran, y por cada uno de sus rayos envía á la tierra raudales de misericordia.

María es estrella que con su dulce claridad alumbró el tempestuoso mar de la vida.

¡Dulce es su nombre como gemido de moribundo cisne!

¡Dulcísimo como el eco de célicas armonías.

¡Quién no la ama! ¡quién no adora á la que fué adorada antes de nacer, á la Virgen madre prometida y deseada desde la cuna de los siglos, y que se llama la bienaventurada de todas las generaciones!

Su culto ha sido de todos los tiempos, de todas las edades y aun de todas las religiones.

En la China y el Japon, en la Africa y en los confines del Asia, se conservó siempre más ó menos desfigurada, pero siempre, ya sea convertida en esperanza, ya trasformada en recuerdo, la tradicion de una madre Virgen mediadora entre Dios y el hombre.



EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Senoras

Plaza de Isabel II^a 2 Madrid.



Los druidas allá en el fondo de los escondidos bosques de las Galias y de sus profundas selvas, levantaron agrestes y toscos altares á la que habia de nacer llena de gracia.

En la ciudad de los Césares se levanta de su tumba una mujer, la Sibiba de Cumas, y pronostica cercana la hora en que se derrumbarian, quebrándose en mil pedazos, los dioses de la idolatría pagana ante una débil doncella y un niño inocente.

Elias desde el fondo del Carmelo la presente y la ve fecundando la tierra con el rocío de sus gracias, y los profetas de la antigua ley la vislumbran como la estrella precursora del sol que debia disipar las densas tinieblas en que yacía el mundo.

El rey Poeta en sus inspirados cantos precisa más su radiante figura, y Salomon con la sublimidad de su elegante pluma la describe levantándose, como la aurora, al amanecer, bella como la luna y elegida como el sol.

Raquél y Sara, Judit y Estér, Abigail y Susana, Ara y la valerosa madre que exhorta á sus hijos á que mueran por la ley santa del Señor, apenas fueron la débil y pálida figura de la que en sí debia reunir toda la hermosura y perfeccion de la mujer y del ángel; todas las virtudes de la Virgen y de la madre.

¿Quién, pues, no la ama? ¿Quién no ha depositado en este mes una flor en las aras de sus altares? ¿Cómo no ofrecerle en este bendito mes las primicias del alma, como se le ofrecen las primicias de la naturaleza y de la primavera? ¿Cómo no tributarle un constante homenaje de amor, si ella es la madre del amor hermoso?

Si los idólatras y paganos coronaban de rosas las frentes de los dioses que simbolizaban y halagaban sus vicios y pasiones, necesario es que los hijos de María coronen de rosas á la que simboliza todas las más sublimes virtudes y el más perfecto y puro amor.

En este mes celebraban las antiguas romanas la fiesta de la buena diosa, la de los Lares ó dioses protectores de las familias, la de Flora y otras muchas diosas de la Roma pagana.

Más tarde, cuando el árbol plantado en la cima del Gólgota dió sus frutos de bendición y la tierra maldita fué fecundada con la sangre de un Dios hombre y las lágrimas de una Virgen purísima, la Roma cristiana levanta en este mes altares en honor de la Virgen, y las flores con que en un tiempo coronaron las sienes de sus ídolos, alfombraron los pies de María.

Del fondo de la Italia brotó también radiante cual la aurora del primer día de Mayo, la devoción de ofrecer los mayos, las flores de este mes, á la que por excelencia es reina de las flores, que ellas también en su misterioso y poético lenguaje, han simbolizado una á una sus encantos y sus virtudes.

María es flor delicadísima que nace entre las espinas de este valle de tristuras y lágrimas para nuestro consuelo.

Escogida como el fruto del manzano.

Aromática como bálsamo de las viñas de Engaddi.

Dulcísima como la granada.

Modesta y humilde como el reseda y la violeta.

Inocente y cándida como la azucena.

Airosa y esbelta como las cimas coronadas de nieves del Ararat y del Carmelo, como la gentil palmera que mece su esbelto penacho en las llanuras de Cian.

Suave y fresca como el lirio de los valles, como plátano que crece junto á las corrientes de las aguas.

Bella como la rosa y el clavel de los Alpes.

Las trenzas de sus cabellos, como manojos de doradas espigas.

Sus ojos, como de tórtola enamorada.

Como botón de rosa su boca y panal de dulcísima miel, como fuente de donde manan todas las gracias.

Perfumado su aliento de nardo y verbena, de alve y cinamomo.

Toda ella es perfecta. Así se puede exclamar con el ruiseñor de Jerusalen:

"¡Toda eres hermosa, amiga mia, y mancilla no hay en tí!"

¡Mayo! El mes de la Virgen y el de las flores; el mes en que la naturaleza toda despliega sus más brillantes galas, las flores sus más delicados perfumes, el sol sus más esplendentes rayos, para saludar á María la Virgen, que tiene su trono sobre las nubes, que está vestida del sol, coronada de estrellas, y bajo sus plantas tiene á la luna.

Es, pues, necesario consagrarte este mes, Madre mia, y llevar flores á porfía á tu altar.

Pero no basta ofrecerte solo un ramillete de colosales flores, nó; es necesario tejer una corona con las flores del alma, que son tus predilectas flores, y ceñirla á tu frente ya coronada de estrellas.

Necesario es que la doncella, la virgen de castos amores, adorne su virginal corona con las flores de la humil-

dad y la modestia del candor y la obediencia, que son las flores de mayor valía, porque ella, la más pura, la más humilde entre todas las doncellas, es también la madre de la juventud, la madre del amor hermoso.

Es necesario que el orgulloso magnate, cuya religión es la pompa, su Dios el dinero; la mujer vana, que solo vive para el lujo y la sensualidad, y esos desgraciados que olvidados de sus más grandes deberes, de lo que deben á su religión, á la sociedad y aun á sí mismos, que debiendo enseñar las virtudes con su buen ejemplo, viven entregados á la satisfacción de sus asquerosas y brutales pasiones, y no hay flor que no quieran marchitar con su impuro aliento, que debiendo ser humildes buscan títulos y honores con que satisfacer su loca soberbia, sin pensar que la vida es corta y pasa como fugitiva sombra, que sale apenas el hombre de la cuna para caer en el sepulcro, necesario es que estos desgraciados hundan sus frentes en el polvo de la humillación, y laven las manchas de sus iniquidades con lágrimas de arrepentimiento, porque ¡ay de ellos! ¡ay de ellos, Madre mia, que tú eres la Madre del santo temor, y no tendrás misericordia para los que diariamente se alimentan con su propia condenación.

Menester es que los impíos del siglo que llaman ilustrado, arrojen á tus plantas las secas y mustias flores de su impía ignorancia, y humillados á tus pies, les enseñes Tú, que eres la Madre de la verdadera sabiduría, que solo en la virtud, en el cumplimiento de los deberes morales y sociales, está la verdadera ilustración.

Menester es también que acudan á tí todos los que sufren, todos los que lloran, todos los desgraciados, porque Tú eres el consuelo de los afligidos, el bálsamo que cicatriza todas las heridas, porque eres la Madre de la Santa Esperanza, y en vano encontrarían consuelo fuera de tí. Bienaventurados los que en tí esperen, que ellos serán felices con felicidad eterna.

Finalmente, Madre mia, yo también te ofrezco la humilde flor de mi alma, como un recuerdo constante de mi amor, como un deber de eterna gratitud.

Yo, como la frágil barquilla combatida por recios vendabales, hubiera naufragado, si Tú, áncora bendita de esperanza y salvación, no me hubieras salvado.

Como el viajero que en noche oscura pierde el buen camino, así caminaba entre tinieblas al borde de un precipicio, y Tú, como el faro luminoso de la esperanza, disipando las tinieblas que me rodeaban, me hicistes encontrar la perdida senda.

Como oveja cercada de hambrientos lobos, así mi alma rodeada de enemigos, y Tú humillaste al soberbio y ensalzaste al humilde.

Porque clamé con mi voz á tí, Señora, y arrancaste de mi corazón el pesar y la tristeza.

¡Bendita seas, Madre mia, que eres grande en todas tus obras!

Por eso yo también en este bendito mes quiero decirte con los cielos y la tierra, con el hombre y el bruto:

Salve, consoladora de afligidos.

Salve, doncella purísima de Sion.

Salve, nazarena de dulces ojos.

Salve, estrella de la mañana, porque Tú eres la Madre del amor hermoso,

Y del temor

Y de la verdadera sabiduría

Y de la santa Esperanza.

Jerez de la Frontera 1.º de Mayo de 1875.

ESPERANZA.

A S. M. EL REY D. ALFONSO XII.

Alfonso: mi humilde lira
eco es hoy del corazón,
y de esta noble nación
que en vos su esperanza mira.

Ayer, cuando aun érais niño,
en infantiles consejos,
mi inspiración sus reflejos
os dedicó con cariño.

Hoy que al trono habeis llegado
por entre flores y palmas,
llevando tras vos las almas
que paz solo han deseado,

Mi voz escuchad también,
que con pura fé y contento
á vos elevo mi acento
por daros el parabien.

Al veros llegar, señor,
á vuestro pueblo querido
como ave ausente á su nido
que le llama con amor,

Cantar quise.... vertió llanto
de ternura el alma mía,
y á la comun alegría
unir no pude mi canto.

Que no hay nada que conmueva
las fibras del corazón
como ver á una nación
que en sí el entusiasmo lleva;

Por un sentimiento unida,
con gozo llegar.... reír....
agitarse.... y bendecir
una esperanza querida.

Señor, está en vuestra mano
ser el iris bendecido
del pueblo en que habeis nacido,
que es misión del Soberano.

Sobre terrenales sienes
mucho pesa real corona,
mas el premio galardona....
Pasad derramando bienes.

Y sean vuestros blasones
para vuestra amada grey,
más que de España ser Rey....
ser Rey de los corazones.

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.

ANHELO INMORTAL.

Ligeras auras que besais mi frente
En esas horas de ilusión feliz
Que abrasa el alma inspiración hirviente,
Venid raudas, venid.

Vosotras que sabeis, auras dichosas,
De mis anhelos el ansiado fin,
Llevadme en vuestras alas vagorosas....
Subid, auras, subid.

¡Soberbio panorama! encantadora
La tierra se descubre desde aquí:
Su faz de primavera me enamora....
Pero subid, subid.

Colúmpianme los aires voluptuosos,
Aves canoras su región sutil
Encienden en gorgoros melodiosos....
Pero subid, subid,

Alcázares de fúlgidos vapores
Decorados de púrpura y zafir
Mis sentidos absorben tentadores....
Pero subid, subid.

¡Océano de luz, playa dichosa
Do soles brillan cual arenas mill!
Suspende el alma tu visión hermosa....
Pero subid, subid.

Auras, no os detengáis; si mis anhelos
Quereis que logren el ansiado fin,
Surcad, surcad los cielos de los cielos;
Subid raudas, subid.

AURORA LISTA DE MILBART

A MARIA.

¡Triste estoy, amada mia,
Nadie mis dolores calma
sino tú;

En la noche y por el día
Los rayos busca mi alma
de tu luz!

Ni azul hallo el firmamento,
Ni en las suaves alboradas
brilla el sol;

Ni me produce contento
De las flores esmaltadas
el color;

Mi pecho pide consuelo,
Y son tus palabras flechas
para él;

Busco tu amor con anhelo
Y mi puro amor desechas
con desden!

Y como nadie, María,
Puede ofrecerme la calma,
sino tú;

Por eso de noche y día
Los rayos busca mi alma
de tu luz!

PEDRO FERNANDEZ DE SOTO.

HIMNO

DEL POETA POLACO ADAM MICKIEWICZ.

A MARÍA L***

EL DIA DE SU PRIMERA COMUNION.

Hoy Jesucristo te ha permitido acercarte a su mesa; los ángeles te envían, ¡y tú bajas los ojos, en los que brilla un destello de luz celeste! ¡Oh! ¡cuánto me admira tu humildad santa y modesta! Nosotros, insensibles pecadores, en tanto que nos abandonamos en brazos de un culpable sueño, tú, tú oras de rodillas ante el Cordero divino, y el aura matinal viene a cerrar tus labios entreabiertos por la oración.... Entonces tu ángel custodio desciende puro y silencioso como la claridad de la luna. Entreabre dulcemente el velo de tus ilusiones, y lleno de un tierno gozo, se inclina sobre ti con la solicitud de una madre que vela sobre su hijo adormecido. Si el resplandor de la gracia divina brilla demasiado en su frente bienaventurada, si la extasiada joven sonríe con demasiada viveza, el ángel modera su claridad, recoge sobre su lecho el velo de las ilusiones, y vuela suspirando, pero antes de elevarse deposita nuevos encantos sobre la almohada de la niña, con nuevos atractivos, de suerte que al levantar su mirada cada mañana, se encuentra rebosando nuevo amor hacia Dios y hacia los hombres.

¡Oh! ¡yo no recordaría para nada los placeres de mi vida, si pudiese una sola noche soñar con tus mismos sueños!

(Traducción de María de las Nieves JANER).

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

XX.

DESDE LA ESTACION DE CAMPANARIO.

Habia parado el tren en la estación de Campanario, donde tenía que proveerse el convoy de agua para alimentar la máquina. Eran la una y treinta minutos de la tarde. Scott, cansado y hasta molido de tan largo viaje, desesperaba de las líneas férreas españolas y de los wagones de la del Mediodía sobre todo.

— Esto es morir, me decía.

— En efecto, amigo Scott, dicen que «el viajar es vivir», pero el autor de esta máxima no era español, ó al menos no había viajado por España.

— El autor de esa máxima era americano.

— Todo puede ser.

— Solo un americano puede reconocer la verdad de esa máxima, por las bondades que reúnen los ferro-carriles americanos.

— Dicen que son los mejores del mundo.

— Si señor, se habla todos los días de la comodidad con que se viaja en los ferro-carriles norteamericanos y se pondera la disposición de aquellos coches, admirablemente dispuestos para hacer soportables los grandes viajes.

Los coches de aquellos ferro-carriles se diferencian de estos, en primer lugar, en su disposición, pues en vez de hallarse divididos por compartimientos aislados y paralelos, constituyen un salón, al que se entra por los extremos anterior y posterior, merced á dos pequeñas plataformas: divide este salón un corredor de 60 á 70 centímetros de ancho, y á ambos lados se hallan los asientos transversalmente colocados y consistentes en divisiones de dos asientos cada una, con respaldos bajos muy cómodos, y móviles á voluntad para poder formar corro con los viajeros de uno á otro lado. No hay dobles filas de asientos, y por tanto no se vuelve la espalda á ningún viajero, pudiendo distinguir claramente á los de todo el salón.

Superiores á estos coches ordinarios los de lujo, única excepción que reemplaza á nuestras divisiones de clases, tienen el salón profusamente adornado con espejos, alfombras y grandes cristales que permiten ver el paisaje; los asientos son butacas giratorias sobre un eje fijo de hierro, ó bien divanes de grandes proporciones. Á ambos lados de este salón se unen otros dos wagones, divididos por un corredor central que separa tres gabinetes de cada lado, ó bien solo tres en todo él, en cuyo caso el corredor es lateral; y estos gabinetes contienen dos banquetas con dos asientos cada una, que se transforman en cama por la noche, incommunicada del corredor por pesadas cortinas. La distancia que guardan entre sí las banquetas permite introducir una mesa para comer. Una de las extremidades de los wagones-alcobas, está dispuesta para tocador común, al que acceden por la mañana los viajeros de ambos sexos con una gravedad y respeto mutuo, que seguramente sería imposible encontrar en ningún otro pueblo de Europa.

Cada sistema de dos coches, que forman salón, alcobas y tocador, sirve para 12 ó 16 personas, servidas por un hombre de color como si estuvieran en una fonda, pues las camas desaparecen por el día y son puntualmente armadas en cuanto se ilumina el salón.

En algunas líneas se intercala uno ó más wagones-comedores y el correspondiente á la cocina, y en ese caso se establecen estos en comunicación con los salones por la fácil disposición de las plataformas que les dan entrada.

He de advertir á V., que solamente en los Estados Unidos se hacen frecuentes viajes de varios días en ferro-carril, á cuya razón es debido ese lujo de comodidades. La línea del Pacífico tiene 3.250 millas inglesas, y el recorrerla, ó sea atravesar de Este á Oeste los Estados Unidos, cuesta seis ó siete días y otras tantas noches.

bran de los ferro-carriles el excedente del billete, por lo común bastante módico. Estas empresas alquilan hasta wagones-familias, ó sean casas en miniatura, con las que se puede viajar por todos los Estados Unidos pagando entonces á los ferro-carriles cierto precio de arrastre.

Añada V. ahora la rapidez con que allí se marcha, y conocerá las ventajas de viajar por América.

— ¡Cuántas leguas anda por hora un convoy?

— Eso es según y como; esto es, si es de viajeros, si exprés, si correo ó si solamente de mercancía. Por regla ge-

del descarrilamiento, que ya lo han logrado en Alemania.

— ¡Quién?

— Sus inventores los ingenieros Ballet y de Rouvre han practicado ante la sociedad de ciencias naturales de Versalles el primer ensayo de su pequeña locomotora electro-magnética, que lleva consigo, bajo la forma de pila voltaica, la fuerza que la arrastra y que se reproduce instantáneamente sin mecanismo, y con adherencia suficiente á los rails para no ser lanzada en las curvas fuera de la vía.

Las ruedas, de procedencia inglesa, son de madera maciza, cubiertas por un aro de hierro, dispuesto de manera que apenas producen ruido al rodar. La caja, suspendida por muelles de una suavidad perfecta, se apoya sobre discos de cautchone que paralizan la trepidación. Un hornillo colocado entre las ruedas mantiene en el invierno la ebullición de una caldera, por medio de la cual se conserva en el interior constantemente una atmósfera templada.

Al penetrar en el carruaje se encuentra un corredor



5. Vestido con túnica y chaqueta-esclavina. (Patron y explicación: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 50).

6. Traje de viaje con túnica y esclavina.

7. Vestido para niña.

8. Vestido con mantelo. (Patron del mantelo: pliego por el derecho, núm. XIV, figs. 56 A, 56 B y 57).

9. Vestido con túnica bullonada. (Patron: pliego por el revés, núm. XIV).

10. Vestido de viaje con túnica y chaqueta. (Patron: pliego por el revés, núm. VII, figs. 28 á 35).

11. Vestido escotado para niña.

neral todos andan, relativamente, doble que en Europa. La mayor velocidad que es posible ya obtener en los ferro-carriles, es la que tienen en la actualidad los trenes de la línea de Jersey á Trenton, en el Estado de Nueva Jersey, de la América del Norte. La distancia de 92 kilómetros que separa ambas ciudades, la recorre en 50 minutos en el tren de los periódicos, que se llama *New Jersey train*. La velocidad ha ascendido de 93 kilómetros por hora en conjunto, pero después de una parada de un minuto en Newark, el tren marcha durante tres minutos á razón de 137 kilómetros por hora.

— ¡Hombre, esto es demasiado!

— Pues aun andará más cuando se pueda vencer el peligro

— Es una verdadera mejora.

— Con este adelanto podrá darse más velocidad á los trenes. Por lo demás, en Europa, fuera de Alemania y Francia, no se puede viajar con comodidad. Ahora en Francia están mejorando los wagones hasta el punto de ser mejores que los de Alemania. El coronel Albani, inventor de los wagones dormitorio que circulan actualmente en las líneas del Este y Norte de Francia, ha perfeccionado su invención, disponiendo unos nuevos coches, en los cuales se puede escribir, comer, beber, dormir y permanecer aislado como el que se halla en su propia casa.

El exterior de los carruajes revela ya sus comodidades.

con puertas á uno y otro lado, que corresponden á habitaciones ó departamentos de dos y cuatro camas.

Durante el día estas camas se transforman en sofás, delante de los cuales se levantan, á voluntad del viajero, unos pequeños veladores, donde se puede comer, jugar, etc.

De noche se encienden lámparas y se ponen bujías en brazos colocados al efecto en las paredes, y el sirviente, práctico en diferentes lenguas, dispone la cama con sábanas finas y buenas mantas. El mismo criado, que acude al sonido de campanillas eléctricas colocadas en todos los departamentos, dispone el gabinete de tocador, donde el viajero encuentra agua caliente y fría, toallas, jabón, cepillos, perfumes, etc.

Todas estas comodidades solo aumentan el precio del viaje en unos 40 rs. En Inglaterra y Alemania hace ya mucho tiempo que está en uso este sistema de coches, con gran contentamiento de los viajeros, y sobre todo, de los que se dedican al comercio, pues así pueden evitar dilaciones en las fondas y aprovechar el tiempo para sus negocios desde el momento de su llegada á un punto cualquiera.

— En cambio de tanto bien para los viajeros que recorren el extranjero, en España, amigo mío, donde aun las líneas más antiguas y en las primeras capitales se sirven de estaciones provisionales, sin que haya esperanza de que sean construidas las definitivas, no es de esperar que en mucho tiempo veamos puestos en práctica estos adelantos, y podamos, por consiguiente, disfrutar de sus ventajas.

— Tal creo yo también.

Y el tren partía de nuevo en dirección á Magacela.

Eran la una y cuarenta y dos minutos.

(Se continuará).

NICOLAS DIAZ Y PEREZ.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres

POR ANGELA GRASSI.

CAPITULO SEGUNDO.

(Continuación).

¡Nunca me había alejado ni un solo día de mi casa, y sentí un júbilo inmenso al volver á ella!... El corazón no me cabía dentro del pecho: reía y lloraba al mismo tiempo...

Me parecía que había vuelto á aquellos felices días en que á mi regreso de Segovia, á donde solía ir á hacer nuestras provisiones, me salía al encuentro mi madre, dando la mano á Cristina, y á ambas me recibían con plácemes y caricias.

¡Es verdad que entonces siempre traía algún cariñoso presente á mi madre! ¡Ahora nada podía ofrecerle, y sin embargo, este hubiera sido un medio para captarme su benevolencia!

Al hacer esta reflexión, mis ojos se fijaron en un frondoso almendro, cuyas ramas, agobiadas con el peso de los frutos, se inclinaban hasta el suelo.

El almendro era de Susana, y yo podía coger cuantos almendrucos quisiera.

Corrí al árbol, y me encaramé hasta la copa para escoger los más hermosos.

Tan absorta estaba en mi tarea, que no vi que se acercaban dos personas; pero tan absortas estaban ellas también en su conversación, que no repararon en mí...

— ¡Te amo, Cristina! dijo de repente una voz que heló toda la sangre de mis venas.

¡Oh, Dios mío! ¿lo creería V. jera él, Leopoldo, y daba el brazo á Cristina!...

El corazón me dió un vuelco, mis ojos se oscurecieron, y no sé cómo pude sostenerme agarrada á las ramas del árbol. Oí las siguientes palabras como en sueños, porque mis oídos silbaban, y tenía perturbada la razón...

— ¡Oh! nunca, nunca olvidaré, decía Leopoldo, los sollozos cuidados que me prodigaste durante mi enfermedad, tu paciencia, tu dulzura! Nunca olvidaré que por mi causa tu madre te maltrató, nunca, mi tierna salvadora, nunca, nunca!

Me abandonaron las pocas fuerzas que me restaban al oír esto, y los frutos que había recogido fueron cayendo de mi delante al suelo.

El ruido que produjo su caída no fijó la atención de Leopoldo y de Cristina, que estaban detenidos á algunos pasos del árbol. ¡Ay! ¡ellos, embriagados con su amor, no se ocupaban más que de sí mismos!

Mi primer impulso al recobrar el sentimiento de cuanto sucedía, fué correr á interponerme entre ambos y arrancar á Cristina su máscara engañosa; pero me detuve al oír que Leopoldo proseguía con entusiasmo acento:

— ¡Cuán hermosa eres, mi Cristina! ¡Es imposible encontrar un conjunto tan cabal de admirables perfecciones! ¡Posees la belleza espléndida de la rosa, que crece en los jardines, con el perfume de la sencilla violeta, que se oculta en la yerbezuca de los campos! ¡Dichoso mil veces yo, que he podido encontrar un tesoro semejante!

Estos elogios prodigados á la hermosura de Cristina, me hirieron en medio del corazón; recordé mi fealdad, mi rústica timidez, y dejé caer la cabeza sobre el pecho abatida por el desaliento.

Pero Leopoldo prosiguió:

— ¡Es extraño! ¡No he visto mujer que te iguale en bellas perfecciones, y sin embargo, no es así como yo te había soñado! ¡Me parece que no es tu rostro el que veía á través del velo que oscurecía mi razón, debilitada por la fiebre! ¡Era un semblante pálido y no agraciado, pero que revelaba un corazón lleno de bondad infinita! ¡Cuando estoy lejos de ti, cuando no oigo tu acento y evoco tu recuerdo, es otra figura la que se presenta á mi alma, es otra voz la que resuena en el fondo de mi corazón!

¡Me parece que hasta era otro nombre el que estaban acostumbrados á pronunciar mis labios!

—¡Ingrato! murmuró dulcemente Cristina, pero con un tono de tristeza infinita y bajando la cabeza como para ocultar sus lágrimas.

—¡Lloras? exclamó Leopoldo conmovido, ¿es posible que llores, sabiendo cuánto te amo? ¿Qué te importan mis delirios de ayer? ¡Pero si quieres más seguridades, te juro que así que volvamos á casa, rogaré á tu madre de rodillas que me haga depositario de tu dicha!

Cristina sonrió al través de sus lágrimas. Estaba encantadora.

Luego se apoyó modestamente en el brazo de Leopoldo, y ámbos se alejaron cambiando sonrisas y miradas.

Yo permanecí clavada en aquel sitio. Mi frente ardía: el hombre á quien amaba iba á ser el esposo de la pérfida mujer que había usurpado mi lugar, y no obstante, él se acordaba de mí, y no con desvío, no con menosprecio, sino con tierna complacencia. Tal vez si hubiese ido á decirle:

—¡Leopoldo, esa mujer te engaña! ¡He sido yo quien se ha arrojado delante de la fiera, próxima á despedazarte, y quien espuso su vida por conservar la tuya! ¡He sido yo quien ha velado día y noche á la cabecera de tu lecho, quien recogió tus primeros juramentos de gratitud y de ternura!

¡Tal vez, pensaba, si fuese á decirle todo esto, recobraría mi lugar en su corazón y sería su esposa!

Es preciso amar y tener celos para comprender los mil encontrados sentimientos de odio y afecto que luchaban en mi corazón y los descabellados planes adoptados y rechazados que surgían en mi mente; pero la idea de que iba á perder á Leopoldo para siempre, era la que me dominaba.

Loca, fuera de mí, corrí á casa por un atajo.

Me parecía que de un minuto de retardo pendía mi existencia.

Al entrar, la primera persona á quien ví fué á mi madre. Estaba sola, y respiré: ¡me había anticipado á ellos! Tan preocupada me tenía mi desdicha, que no hice caso del gesto amenazador con que fui acogida.

—¡Por qué has venido? exclamó mi madre. ¡Es preciso que te vuelvas inmediatamente!

—¡No! dije con voz sorda.

—¡No! repuso mi madre llena de sorpresa al ver mi enérgica actitud. ¡Tú dices no? ¡Por qué?

—¡Porque Leopoldo va á ser el esposo de Cristina, y yo quiero impedir este enlace!

—¡Tú! repitió mi madre estupefacta; ¡y con qué derecho?

—Con el que me da mi amor, y tal vez el suyo.

—¡Necia!

—¡Cristina ha usurpado mi lugar! ¡Yo le diré la verdad, y el amor que la profesa, basado sobre la gratitud, puede ser que se disipe!

—Mi madre se sonrió con desden....

—Pobre átomo de polvo, exclamó, encendido el rostro de cólera, ¿quieres competir con una estrella?

—El me aceptaba tal como Dios me ha formado: ¿por qué me alejó V. de aquí? ¿Por qué llamó V. á Cristina?

Yo nada sabía de esto; pero el corazón me lo decía, y el corazón no me engañaba.

—Mi madre se turbó al oírme hablar así.

—¡Por qué? ¿por qué? balbució confusa, porque lo que para tí no hubiera sido más que un amargo desengaño, podía labrar la fortuna de tu hermana. ¿Qué resultado hubieran tenido sus amores con una pobre muchacha como tú? ¡Ninguno!

Leopoldo tiene un alma noble y generosa, estaba agradecido, y lo que es más, con la razón todavía débil y turbada por la fiebre, te dijo algunas palabras de cariño, que tú tomaste por lo serio, y nada más. Se hubiera restablecido, se hubiera marchado y no le hubieras vuelto á ver, mientras que Cristina, hermosa y espiritual, ha sabido fijarle.

—Yo hubiera aceptado con resignación el desengaño que me hubiese venido de él; yo no quiero permitir que mi propia hermana me arrebatase mi ventura. Para algo me ha traído aquí la Providencia. ¡Este casamiento no se hará, no quiero!

—¡No quieres? exclamó mi madre corriendo hacia mí con los puños cerrados y los ojos centellantes. ¿No quieres? ¡prefieres desbaratar este casamiento, próximo á verificarse?

Su cólera no me atemorizó. Yo no era Margarita, era otra mujer: los celos y el dolor me habían transformado en un sér altivo, resuelto, inflexible.

—Mi madre leyó esta extraña trasformación en mis ojos, en mi actitud, y cambió repentinamente de tono.

—Vamos, razonemos, dijo con dulzura. ¿No sabes que el padre de ese joven acaba de heredar el condado de

Santa Agueda, que su inmensa fortuna iguala á su nobleza, que es un personaje de la corte y ocupa un lugar distinguido al lado de los reyes?

—¡No lo sabía ni me importaba saberlo! murmuré desconcertada por esta revelación imprevista. ¡Yo le quería á él, á él tan solo!...

—Y bien, prosiguió mi madre, examina sinceramente tu conciencia; ¿qué papel harías tú á su lado? ¡No ves que se arrepentiría al instante de su locura, y que su arrepentimiento sería el eterno y merecido castigo por haber querido salir de la esfera á que te ha condenado la ciega naturaleza?

—¡Cuando la oruga quiere convertirse en mariposa, va á morir en la llama que la deslumbra!

—¡Ay! ¡que mi madre tenía razón!

Dejé caer la cabeza sobre el pecho, y un raudal de lágrimas apagó la exaltación de mi espíritu.

—Te lo voy á confesar todo, repuso mi madre cobrando valor al ver el abatimiento que por grados se iba apoderando de mi alma. Cuando supe que Leopoldo era un conde, un potentado, y ví que sus galanterías habían turbado tu alma, te separé de él por prudencia, por apagar una pasión naciente y sin esperanzas, por evitarte muchos dolores en el porvenir, porque yo te amo con toda la ciega pasión de una madre, y no quiero que sufras, Margarita....

Hizo una pequeña pausa para que estas dulces palabras produjesen su efecto, y prosiguió:

—El médico tenía razón: Leopoldo estaba todavía muy débil: era el primer día que le abandonaba la fiebre, y mi imprudencia, porque confieso que fui imprudente, por exceso de amor y de celo hacia mi querida hija, mi imprudencia le hizo recaer. Se puso muy malo: estuvo dos días entre la vida y la muerte. Sola con él, necesitaba quien me ayudase: no podía recurrir á tí: hice venir apresuradamente á Cristina.

La fiebre que turbaba el cerebro de Leopoldo no cesó hasta veintinueve días después. ¡Nada más natural! tomó á Cristina por tí: Cristina es hermosa, y la amó: hermoso es Leopoldo, y fué amado por Cristina. Yo ví que ésta, por sus dotes, podía labrar su ventura, al par que aseguraba la suya, y no me opuse. En el día se adoran, son dignos el uno del otro, pueden ser felices...

—Mi madre se interrumpió, esperando mi respuesta. Mi triste silencio alentó la esperanza que ya había empezado á concebir, y acercándose á mí con la expresión de ternura que antes animaba su semblante, me dió golpecitos en la espalda, y añadió con acento afectuoso:

—Vamos, Margarita, un poco de valor. ¡Tú, que eres tan buena, que tienes tanta abnegación, sabrás dominarte y hacer este sacrificio por el bienestar de tu querida Cristina!

—¡No decías que tu sólo anhelo era verla feliz? ¡Pues su felicidad está en tu mano! A ella, que ha nacido para brillar, la riqueza y los honores; á tí, mi adorada hija, el afecto de tu madre, el agradecimiento eterno de Cristina y el general aprecio. Vamos, no llores, añadió con incomparable dulzura, hazte superior á tí misma, y muéstrame que eres siempre mi buena, mi generosa Margarita, orgullo y esperanza de su madre.

Pasóme el brazo alrededor de la cintura al hablar así, y sus labios tocaron ligeramente mi mejilla.

Yo me deslicé de rodillas, y crucé las manos sobre el pecho, incapaz de formular ningún acento.

—¡Estaba hecho el sacrificio!

Ya era tiempo. Leopoldo y Cristina aparecieron al extremo de la avenida, habiéndose en voz baja.

Me levanté y corrí á refugiarme en mi cuarto. Tenía necesidad de reunir todas mis fuerzas para apercibirme á la lucha...

El caos no es más oscuro ni tenebroso de lo que lo eran en aquel instante mi corazón y mi pensamiento. Lloré, recé... Poco á poco la calma sucedió al anterior tumulto de mis pasiones, como el sol sucede á los relámpagos y truenos de la borrasca...

Aunque decidida al sacrificio, conservaba un resto de esperanza.

No dudaba que Leopoldo, al verme, me reconociera, y preparaba de antemano mil respuestas que debían confundirle y hacerle creer que todo había sido una ilusión producida por la fiebre.

Pensaba que al oír mi voz recordaría las mil veces que la había escuchado con embeleso, prodigándole palabras de consuelo.

—¡Ay! ¡No sabía que el amor es esencialmente egoísta, y sólo se ocupa de sí mismo! Lágrimas y alegría, virtudes y vicios, nada ve, á nada atiende, nada le impresiona, como no tenga relación consigo y con el objeto amado, porque ya forma parte de su sér y es alma de su alma.

Entonces yo ignoraba todo esto, y deseosa de saborear el triste placer de completar por mí misma el sacrificio,

de tronchar con mis propias manos mis insensatos sueños de ventura, rogué á mi madre que me dejase asistir á la cena.

—¡Tenía tanta fé en mis promesas, que consintió!

Cuando entré en el comedor, casi me ahogaban los latidos del corazón, é iba repitiendo por lo bajo la palabra indiferente que debía responder al grito de sorpresa de Leopoldo.

Entré con la cabeza baja, y me senté á la mesa sin atreverme á hablar. ¡Deseaba y temía que me reconociese!

Leopoldo y Cristina estaban sentados uno junto á otro. Mi madre al otro lado de Leopoldo, y el lugar que me habían ya designado era cerca de mi hermana. Esta, al verme, se puso un poco pálida, pero no dijo nada. En cuanto á Leopoldo, ni siquiera me miró.

Debía de haber ya pedido la mano de Cristina, porque daba á mi madre este sagrado nombre.

Durante la cena, los dos amantes solo se ocuparon de sí mismos: la conversación giró toda entera sobre sus planes de futura dicha.

Yo no reconocía á la ligera y bulliciosa Cristina. Apenas hablaba, y parecía no atreverse á alzar los ojos del suelo. Una niña de doce años no hubiera sido más tímida que ella, acostumbrada á la buena sociedad y á vivir en el mundo, ni se hubiera mostrado más cándida y modesta.

Esto me hizo creer que amaba por la primera vez de su vida, y esta creencia minoró mi desconsuelo.

Sin embargo, mi situación se iba haciendo intolerable: por una parte, aquellas amantes demostraciones, prodigadas por Leopoldo á otra mujer; por otra, el desencanto de mis últimas esperanzas defraudadas, afligieron de tal modo mi espíritu, que casi me sentía próxima á perder el sentido. Había confiado demasiado en mis fuerzas: la prueba era demasiado ruda.

Ahogada, llorosa, pedí á mi madre permiso para retirarme.

Al oír mi voz, Leopoldo me miró; pero no pareció moverse en lo más mínimo.

Yo sí me conmoví de una manera tal al encontrar su mirada, que me precipité fuera de la estancia para ocultar mi turbación; pero permanecí detrás de la puerta, y á pesar de mi sobresalto, pude oír la siguiente conversación entre él y mi madre:

—¿Quién es esa joven?

—Mi hija.

—¿La que estaba en Segovia cuidando á una anciana tía?

—La misma. Aunque el cielo no ha sido muy espléndido con ella en cuanto á la hermosura, es un modelo de virtudes.

—¿Qué le ha parecido á V., Leopoldo? dijo Cristina.

—Ni bien ni mal, porque no la he mirado, respondió éste: pero yo opino que la hermosura ó la fealdad residen principalmente en el corazón, y que supuesto que es buena, no tiene por qué quejarse de la largueza del Eterno.

No pude ni quise oír más: estas consoladoras palabras me devolvieron la calma y la resignación. ¡Había perdido para siempre su amor, pero aun podía aspirar á su aprecio!

Cuando al día siguiente mi madre me despertó para que pudiese volver temprano á Segovia, la dije que, supuesto que Leopoldo no me había reconocido, tendría la suficiente firmeza para olvidar mis locas esperanzas y presenciar la felicidad de Cristina.

No quería separarme de él, no quería dejar de respirar el aire que él respiraba: ¡á falta de amor quería conquistar su aprecio!

Pero ¡ah! ¡cómo pintarle á V., D. Silverio, las torturas de aquellos quince días que Leopoldo pasó aun á nuestro lado! El fondo de cada alma es un abismo, en el cual solo puede leer la mirada del Eterno: si á los hombres les fuera dado leer en él, se aterrarian al ver la grandeza y magnitud de la obra formada por el Artífice Supremo. ¡Hay tantas lágrimas contenidas en el pequeño hueco del corazón, que bastarían á inundar montes y valles!

No obstante, tenía también mis alegrías, rápidas y fugaces, como un rayo de sol en medio de la tormenta.

A veces el sonido de mi voz parecía sorprender á Leopoldo, á veces mi nombre, pronunciado de improviso junto á él, le dejaba suspenso y distraído.

Yo no hacía nada para evocar estos vagos recuerdos que conservaba de mí; pero era dichosa, muy dichosa, al cerciorarme de que no lo había olvidado todo.

En cuanto á Cristina, tan entregada estaba á su amor, que casi ni por incidente me dirigía la palabra. Esta conducta me entristecía sobre manera; pero pensaba que la felicidad es egoísta, y que algo se debe perdonar á los que son dichosos.

Llegó, por fin, el momento en que Leopoldo debía abandonarnos. Su plan era ir á pedir el consentimiento

de su padre para su enlace, y volver muy pronto en busca de Cristina.

A pesar de mis sufrimientos, su marcha era el golpe que más me aterraba. Me parecía que iba á faltarme la luz y el aire para respirar si me faltaba su presencia. La víspera de su partida, me acosté muy triste y no pude conciliar el sueño en toda la noche.

Me levanté con la aurora. Al salir de mi aposento vi á Leopoldo inmóvil, delante de la puerta del de mi hermana. Tampoco él debía de haber disfrutado de un tranquilo sueño, porque estaba pálido y abatido.

Nunca nos habíamos encontrado á solas, nunca nos habíamos dirigido la palabra, él por indiferencia, yo por deber; los dos porque nos lo impedían Cristina y mi madre, celosas siempre del pasado.

Al hallarnos el uno enfrente del otro, no supimos qué decir, y no obstante, conocíamos que era ridículo nuestro mutuo silencio.

Leopoldo, que es la bondad misma, le interrumpió, cogiéndome de la mano.

—¡Hermana! me dijo con un tono dulcísimo que me conmovió toda el alma, hermana mía, porque ya me creo con derecho de dar á V. tan dulce título, ya me creo con derecho de reclamar una parte de la ternura que profesa usted á Cristina.

Me sentí desfallecer: mi mano tembló dentro de las suyas.

Leopoldo advirtió mi temblor, y me miró como no me había mirado nunca hasta entonces.

—Pues bien, hermana mía, repuso tras algunos instantes de vacilación, ansiaba decirle á V. antes de separarnos, que aunque el amor me hace un poco egoísta, no he dejado de admirar en estos días su bondad, su modestia, su dulzura, prendas todas que le han conquistado mi afecto, afecto santo, afecto inextinguible, con el cual puede V. contar en cualquier evento, en cualquier circunstancia de su vida.

Me eché á llorar: lloraba de dolor y alegría al mismo tiempo.

(Se continuará).

¡YO TE AMO!

melodía para canto y piano

letra de

DOÑA ISABEL DE VILLAMARTIN,

música de

D. JÁIME BISCARRI.

En la noche del 18 de Mayo de 1779, con un éxito extraordinario, que la posteridad ha confirmado después, representóse en París en la Academia Real de Música, la *Iphigénie en Tauride*, del inmortal Gluck. Al salir de la representación, un *dilettante* decía á un partidario de Piccini, que hallaba en ella trozos muy hermosos.

—No hay más que uno, replicó aquél.

—¿Cuál?

—La obra entera.

Este juicio que la grandiosa concepción del maestro alemán mereció al abate Arnaud, uno de los más distinguidos *amateurs* de aquella época, se ha visto reproducido no há muchas noches en nosotros, al oír por vez primera la melodía titulada: *¡Yo te amo!*

Tiempo hacía que el maestro catalán D. Jáime Biscarri era ya ventajosamente conocido por sus producciones, que no carecían de profundidad é inspiración; pero confesamos francamente, que en la actual, y sin transición alguna, se ha colocado á una tan envidiable altura, que ufano puede estar de haber conquistado en esta clase de trabajos uno de los primeros puestos entre los compositores de nuestra patria.

En efecto: partidario el Sr. Biscarri de lo bueno y de lo bello en el divino arte, y cuyo perfume está vedado aspirar á la generación presente, llama principalmente en su obra la atención, el extremado cuidado con que ha sabido apartarse en ella de esa escuela de relumbrón, que ahora priva más de lo que debiera en la actualidad, y en la que el público inconsciente aplaude ciertos efectos, excitado por la costumbre de reproducir en las concepciones más delicadas del espíritu humano el delirio de las pasiones, por la mediación de una sonoridad poderosa, lo que ha dado por consecuencia el desconocer los sabios límites prescritos por la naturaleza, como por la capacidad del oído y por la extensión del órgano vocal, hasta confundir lastimosamente y mezclar en uno todos los géneros.

¿Qué compositor se acuerda hoy del arte de cantar bien? Por desgracia, lo que prevalece y domina es solo el método de lanzar gritos y luchar á fuerza de pulmones contra el ruido invasor de la instrumentación. ¿Dónde se encontraría al presente esas medias tintas, ese claro y oscuro, aquella purísima vocalización, envidia y orgullo de los maestros nuestros predecesores, aquellas frases limpias y bellas en que un cantante desplegaba su voz,

envolviendo cada nota en el aliento de su misma alma?

Las masas instrumentales, las combinaciones armónicas y los grandiosos efectos del conjunto — que nosotros estamos muy lejos de poner en duda — han ahogado la melodía vocal; el abuso del ritmo ha corrompido el oído, y la fuerza ha vencido á la gracia, y esto no solo en música, sino en todas las manifestaciones del espíritu.

Y sin embargo, es preciso no olvidar que todo atentado cometido contra el arte de *il bel canto*, es un rudo golpe dirigido contra la misma música.

Dejemos, pues, á la sinfonía y á la música propiamente instrumental su dominio infinito; el dominio, como ha dicho un escritor, de la poesía lírica con sus beatitudes y éxtasis, y conservemos á la canción, á la voz humana, en una palabra, la expresión de un sentimiento del corazón en una melodía serena.

La melodía *¡Yo te amo!* del Sr. Biscarri está escrita para voz de mezzo-soprano.

Después de algunos compases del acompañamiento en que éste modula el diseño principal de la composición, aparece de pronto el motivo, primero misterioso como si dudase, después enérgico y brillante y de un ritmo acentuado.

El tema, sin ser de una gran originalidad, es muy melodioso, fraseado de una manera distinguida al par que sencilla, hasta resolverse en una peroración sóbria de accidentes, pero elegantísima, en cuyo tejido se dibuja, como en la poesía de la señorita Villamartin, ese eterno grito de amor que no puede explicarse y que inunda el alma, el encanto que hace llegar hasta nosotros esa música incesante é inagotable que se escapa al murmullo del riachuelo, al rumor de las hojas nuevas del bosque, á los preludios melodiosos del ruiseñor, á los perfumes que embalsaman el silencio elocuente é inspirador de una noche de estío en los alrededores de Nápoles ó Sevilla.

Las frases de ésta:

En el viento que rápido corre,
en las hojas que forman rumor,
en la fuente de ténues murmullos
creo el eco escuchar de tu voz.

Y las siguientes no ménos encantadoras:

Tú mi vida has sembrado de flores:
y hasta á tí llevarán sin cesar
mi ¡yo te amo! las brisas que vienen,
mi ¡yo te amo! las brisas que van.

son bellísimas por su colorido y acentuación dramáticas, hasta morir en la última nota rítmica dulce y graciosa que parece un suspiro, llena de casto abandono, que acaricia y halaga tranquilamente el oído, como si la amante se abandonara en los brazos del caballero enamorado.

La obra ha sido grabada por la casa editorial de música de los Sres. Vidal é hijo y Bernareggi, con un lujo y belleza como no se acostumbra, por su delicadeza y buen gusto severo, emplear en esta clase de trabajos, y que hablan muy alto á favor de la estampación española, hasta el punto de poder competir y sobrepujar con las mejores que dan á luz las prensas extranjeras.

Con mucho gusto hemos visto en la composición del maestro Biscarri esa tendencia hacia las grandes tradiciones artísticas, y el respeto que ha demostrado en ella por el buen gusto y belleza, más asendereados en nuestros días de lo que conviene á nuestra pequeñez.

Es hoy moneda corriente anatematizar la anterior y echar en insolente olvido las glorias y los hechos que pasaron; y como quiera que estamos muy lejos de participar de la vulgar opinión y aplaudir la moda, de aquí el que nos sea grato ver en algunos de nuestros jóvenes compositores — ya que no en todos como debiera ser — rendir párias á los grandes géneos que nos precedieron en el camino de la vida, y de los que nosotros no somos en la actualidad más que pálidas sombras, lo que no quita que seamos más orgullosos.

Hoy que el arte del bien cantar está sufriendo una transformación completa, hoy que los más sanos principios que han presidido para el estudio de tantos y tantos artistas se han dado al olvido, apareciendo en cambio una numerosa pléyade de completas nulidades que levanta un día la crítica, para que mañana las sepulte el público, más conocedor de lo que muchos creen del oro del mal encubierto con una capa liviana de metal precioso, no podemos ménos de felicitar al autor de *¡Yo te amo!* á fin de que prosiga noblemente por la senda emprendida, y pueda llevar á feliz cima las esperanzas que abrigamos para el porvenir del arte nacional, al través de ese mar incierto del favor y la popularidad, que arroja en sus momentos de mal humor á la orilla, lo mismo el entusiasmo que el desprecio y el abandono.

VICENTE CUENCA.

CORRESPONDENCIA.

Entre los álamos. — Tiene V. razón: el adorno más lindo para una joven son las flores naturales; pero por desgracia se marchitan pronto. Hé aquí el modo de disponerlas para que conserven por más tiempo su frescura. Las grandes, tales como las rosas, las camelias, los claveles, se cortan casi á raíz de la flor, atravesando el tronco con un alambre delgado, cuyos dos cabos se pliegan y retuercen formando un troneo artificial movable y sumamente gracioso. Las pequeñas, tales como el jazmín, la fuschia, el miosotis, etc., se cortan con mucho rabo y se atraviesa la parte inferior del cáliz con un alambre vestido de seda verde, cuyo alambre descendiéndose arrollándose alrededor del tronco. Esta operación debe hacerse con suma ligereza, sosteniendo la flor entre el pulgar y el índice, sin tocar el tronco, pues se ajarían al instante. Del mismo modo se procede con el follaje. Cuando se han preparado las flores del modo indicado, se montan á un alambre más grueso, rodeando cada una de ellas con un papel verde, y disponiéndolas en coronas, guirnaldas ó caídas. El ramito del pecho debe componerse de las mismas flores.

Una jovencita. — No, no es permitido, sobre todo á las niñas, sostener sus opiniones con tesón, cuando se hallan en sociedad y delante de personas de respeto. La verdad no siempre se puede y se debe decir. El silencio es la mejor protesta, cuando las consideraciones sociales no nos permiten manifestar nuestras ideas de una manera absoluta.

Soluciones á las charadas insertas en el núm. 25 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Julio, por las señoritas: doña Ramona Gil, de Utrera; doña Sabina Menéndez, de Lorca; doña Sebastiana Giron, de Santander; doña Justa Gomez, de Zaragoza; doña Ulpiana Sanchez, de Cádiz; doña Severa Santaló, de Valencia; doña Amalia Buceta, de Cuenca; doña Patrocinio Galan, de Toro; doña Teresa Vives, de Salamanca; doña Andrea Gonzalez, de Madrid, y la siguiente:

Si con tartas se le invita

Ni un chico aparece mudo,

Que hasta con lengua espedita

Dice "quiero" el tartamudo.

DOLORES GARCÍA HERNÁNDEZ.

CHARADAS.

I.

Prima y segunda

Frase expresiva

Que á quien se quiere

Se le adjudica.

Distintas cosas

Aun significa,

Como apellido

De cien familias,

Y de personas

Muy distinguidas,

Como que alguna

Imperó un día,

Segun la historia,

En Roma altiva.

Tercera y cuarta

Un nombre indica,

Y de la especie

No masculina.

La prima y cuarta

No siempre es hija

De edad madura,

Que alguna es niña.

Cosa es bien dura

Segunda y prima,

Y aquí el enlace

Por fin termina.

Que es nombre grato

De cierta amiga,

Bella y discreta,

Graciosa y fina.

JERÓNIMO COUDER.

II.

No me hace gracia ninguna

La una:

Tiene agradable sabor

La dos:

A los pueblos útil es

La tres:

El todo lo tendrás, pues,

Construyendo un edificio,

En que hace el primer oficio

La una, la dos y la tres.

ELOISA ASENJO FÓZ.

SECRETOS ÚTILES.

Nada hay tan incómodo en esta época del año como los mosquitos, sobre todo en el campo, y el mejor preservativo es el siguiente:

Cerradas puertas y ventanas de la habitación destinada á dormitorio, se coloca, una hora antes de acostarse, un farolito de vidrio, cuyo interior se haya untado con miel des-



12. Sombrero Margarita.

leida en vino ó agua rosada. Se enciende la mecha del farol, y tanto la luz como la miel, atraerán todos los mosquitos que haya en la estancia, los cuales quedarán allí cautivos.

El mejor preservativo contra las moscas son las hojas del tabaco. Se ponen en infusión en agua durante veinticuatro horas, y se hacen hervir una hora en la misma agua.

El olor de las hojas atrae irremisiblemente las moscas, que perecen en ellas.

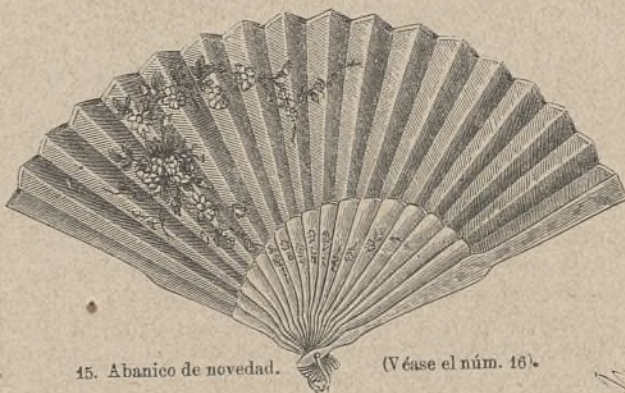
Y ahora que ya hemos prescrito los medios de combatir á estos incómodos huéspedes del campo, vamos á dar otra receta no menos útil y oportuna para conservar el agua fría durante la estación del verano.

En los puntos en donde se carece de hielo ó de sitio á propósito para este objeto, se meten las botellas de agua ó vino en un cubo lleno de agua, en el cual se ha puesto anticipadamente un terron regular de azufre.

El azufre, que puede aprovecharse después para otros usos, conserva la frialdad del vino ó del agua por espacio de dos horas, haciéndolos tan agradables como si hubiesen estado metidos en agua ó nieve.



14. Vestido de muselina.



15. Abanico de novedad. (Véase el núm. 16).



16. Abanico de novedad. (Véase el núm. 15).

PELUQUERÍA
Y
PERFUMERÍA UNIVERSAL.
PLAZA DE SANTA ANA,
NÚM. 15.

Nuevo y elegante surtido en toda clase de peinados; objetos de perfumería recién traídos de Pa-

ris y Londres, comprendiéndose en ellos cuantos productos se deben á la química moderna para embellecer al bello sexo; servicio esmerado y baratura extraordinaria.

Explicacion del Figurin. 1178.

FIG. 1.ª—Traje muy elegante de paseo.—



13. Sombrero Hortensia.

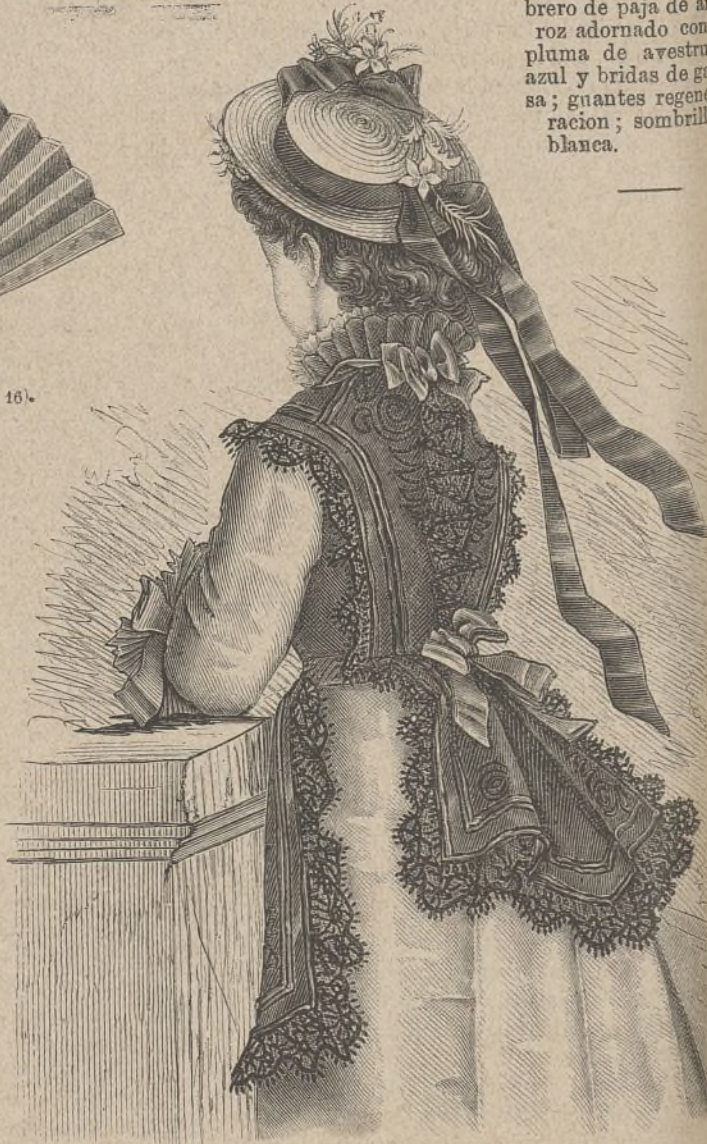
El delantero de la falda, así como las mangas, son de seda brochada rosa y blanco; los puños de atrás son de faya satinada, y llevan por adorno abajo tres bieses, el de en medio brochado, y encima una puntilla negra. Quillas que forman solapa, de raso negro, adornadas con lazos iguales.

Dos echarpes de encaje van drapadas sobre los paños de costado, sujetas debajo de los lazos de las quillas por un lado, y por el otro bajo los pliegues formados por los paños de atrás. Cuerpo abierto del pecho y cerrado con un lazo de raso. Completan este rico traje manteleta de encaje negro, sombrero de paja de Italia guarnecido con cintas gros-grain blanco, rosas silvestres y espigas; guantes duquesa sin satinar.

FIG. 2.ª—Traje de verano.— Vestido de foulard cruzado color crudo, adornado con gasa chambray escocesa en los colores gris, azul y blanco. Sombrero de paja de arroz adornado con pluma de avestruz azul y bridas de gasa; guantes regeneracion; sombrilla blanca.



17. Fichú-echarpe para niña. (Véase el núm. 18). (Patron: pliego por el revés, núm. X, figs. 42 y 43).



18. Espalda del fichú núm. 17. (Patron: pliego por el revés, núm. X, figs. 42 y 43).

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª y 4.ª Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, las que lo son á la 1.ª, 2.ª y 4.ª, el pliego de patrones.

Administracion: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.ª, Dr. Fourquet (antes Yedra 7).

Editor-propietario: Carlos Grassi.